

BOLETÍN
DE LA
ACADEMIA ARGENTINA
DE LETRAS

TOMO LXXI, septiembre-diciembre de 2006, N.º 287-288

Separata



BUENOS AIRES
2007

© 2007 ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS
IMPRESO EN LA ARGENTINA

*Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Inscripción en el Registro Nacional de la
Propiedad Intelectual N.º 519419
I.S.S.N. 0001-3757*

ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

MESA DIRECTIVA

Presidente: Don Pedro Luis Barcia

Vicepresidente: Don Jorge Cruz

Secretario general: Don Rodolfo Modern

Tesorero: Don Federico Peltzer

ACADÉMICOS HONORARIOS

Don José María Castiñeira de Dios

ACADÉMICOS DE NÚMERO

Don Carlos Alberto Ronchi March

Doña Alicia Jurado

Don Horacio Armani

Don Oscar Tacca

Don José Edmundo Clemente

Don Horacio Castillo

Don Santiago Kovadloff

Don Antonio Requeni

Don José Luis Moure

Doña Emilia P. de Zuleta Álvarez

Doña Alicia María Zorrilla

Don Horacio C. Reggini

Doña Olga Fernández Latour de Botas

Don Rolando Costa Picazo

ACADÉMICOS CORRESPONDIENTES

- Don Ramón García Pelayo y Gross (Francia)
Don Franco Meregalli (Italia)
Don Juan B. Avalu-Arce (Estados Unidos de Norteamérica)
Doña Elena Rojas Mayer (Tucumán, Rep. Argentina)
Don Roberto Paoli (Italia)
Don Giovanni Meo Zilio (Italia)
Don Raúl Aráoz Anzoátegui (Salta, Rep. Argentina)
Don José Luis Vítтори (Santa Fe, Rep. Argentina)
Don Carlos Orlando Nállim (Mendoza, Rep. Argentina)
Don Hugo Rodríguez Alcalá (Paraguay)
Don Walter Rela (Rep. Oriental del Uruguay)
Don Alejandro Nicotra (Córdoba, Rep. Argentina)
Doña Luisa López Grigera (España)
Don Susnigdha Dey (India)
Doña Gloria Videla de Rivero (Mendoza, Rep. Argentina)
Don Dietrich Briesemeister (Alemania)
Doña Nérida E. Donni de Mirande (Rosario, Rep. Argentina)
Don Aledo Luis Meloni (Chaco, Rep. Argentina)
Don Rafael Felipe Oteriño (Mar del Plata, Rep. Argentina)
Don Oscar Caeiro (Córdoba, Rep. Argentina)
Don José Saramago (Portugal)
Don Bernard Pottier (Francia)
Don Francisco Rodríguez Adrados (España)
Don Carlos Hugo Aparicio (Salta, Rep. Argentina)
Don Néstor Groppa (San Salvador de Jujuy, Rep. Argentina)
Don Héctor Tizón (San Salvador de Jujuy, Rep. Argentina)
Doña Margherita Morreale (Italia)
Don Gregorio Salvador (España)
Don Humberto López Morales (Puerto Rico)
Don Héctor Balsas Ferreiro (Rep. Oriental del Uruguay)
Don Carlos Jones Gaye (Rep. Oriental del Uruguay)
Don Alfredo Matus Olivier (Chile)
Don José María Obaldía Lago (Rep. Oriental del Uruguay)
Don Jacques Joset (Bélgica)
Don Juan Carlos Torchia Estrada (Estados Unidos de Norteamérica)
Don Gustav Siebenmann (Suiza)
Don Víctor García de la Concha (España)

Don Odón Betanzos-Palacios (Estados Unidos de Norteamérica)
Don Francisco Marcos Marín (España)
Don César Eduardo Quiroga Salcedo (San Juan, Rep. Argentina)
Don Francisco Darío Villanueva Prieto (España)
Don César Aníbal Fernández (Río Negro, Rep. Argentina)
Doña Susana L. Martorell de Laconi (Salta, Rep. Argentina)
Doña Ana Ester Virkel (Chubut, Rep. Argentina)
Doña Olga Zamboni (Misiones, Rep. Argentina)
Doña Gladys Teresa Girbal (La Pampa, Rep. Argentina)
Don Germán de Granda Gutiérrez (España)
Doña María del Carmen Tacconi de Gómez (Tucumán, Rep. Argentina)
Don José Andrés Rivas (Santiago del Estero, Rep. Argentina)
Doña Elizabeth Mercedes Rigatuso (Bahía Blanca, Rep. Argentina)
Don Miguel Ángel Garrido Gallardo (España)

ENTREGA DEL PREMIO LITERARIO ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

RECEPCIÓN DEL PREMIO ENSAYO 2006
POR EL DOCTOR CARLOS PÁEZ DE LA TORRE (H.)

Me toca el honor de presentar la obra premiada este año por nuestra Academia. Se trata de *La cólera de la inteligencia. Una biografía de Paul Groussac*, de la que es autor el doctor Carlos Páez de la Torre.

Hace ya unos cuantos años (creo que fue en 1994), los académicos Carlos Alberto Ronchi March, Roberto Juarroz y yo tuvimos la idea de proponer la creación de un premio puramente honorífico, pero que, por quien lo otorgaba, tuviera debida trascendencia. El premio sería anual y su adjudicación correspondería alternativamente a la poesía, la narrativa y el ensayo, entre los libros aparecidos en los tres años previos y por sugerencia de los académicos. Estos no podrían optar a esa distinción. Desde entonces importantes escritores han recibido ese galardón. La primera fue la poeta Olga Orozco. En esta ocasión, y como correspondiente al trienio 2003-2005, la obra del doctor Páez de la Torre ha sido consagrada como la mejor, por el voto mayoritario de los académicos. Creo que esa justa decisión prestigia tanto al autor como a la Academia.

Hablar con brevedad del doctor Páez de la Torre es tarea difícil. Nacido en Buenos Aires, pero afincado en Tucumán, se recibió de abogado en 1965. Su labor histórica y literaria abunda en todo lo relacionado con Tucumán, sus personajes e instituciones. En 2001 publicó la biografía de Nicolás Avellaneda, ejemplar presidente de la República, cuando esta asomaba al mundo para ocupar un lugar que hoy añoramos.

Si el autor se aparta de algún aspecto específico del ambiente tucumano, lo hace para ocuparse de sus hijos, como Gabriel Iturri, dandy de fines del siglo XIX que frecuentó el círculo de Proust.

Nuestro premiado de hoy es miembro de la Academia Nacional de la Historia y de la de Ciencias Morales y Políticas. Como docente dirige la carrera de Comunicación Social, en la Facultad de Humanidades de la Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino. Como funcionario, fue Director General de Cultura de la Provincia entre 1977 y 1983. A tales referencias debemos agregar una labor docente y periodística de vastos alcances. No es de extrañar la aparición del libro premiado, pues anteriormente el doctor Páez de la Torre se ocupó de la figura y la labor de Groussac en numerosas ocasiones, sobre todo a través de artículos publicados en el excelente suplemento literario del diario *La Gaceta*.

La caracterización de una obra como ensayo suele ser compleja. Varias veces se ha planteado tal cuestión en el seno de nuestra Academia, a propósito de los libros escogidos para el premio. Si en el presente caso nos atuviéramos al título y subtítulo, nos hallaríamos ante una biografía de Groussac. Sin embargo, después de leer y repasar su contenido, se advierte que la obra excede con mucho de la simple narración de la vida del personaje. A propósito de Groussac y de su actuación pública, el autor ha trazado un vasto panorama de la época en que le tocó actuar. Esta fue variada en acontecimientos históricos y rica por el crecimiento cultural de lo que era un país en formación. De ello se ocuparon los hombres de Estado, en primer término, pero también los colaboradores que sumaron sus aportes. En esta línea debemos ubicar a Groussac, un francés de Toulouse que quizá lamentó más de una vez haber partido de su país, pero que, sin renegar de su admiración por Francia, volcó todo su esfuerzo para contribuir al desarrollo de su tierra adoptiva. En Tucumán, en Buenos Aires, en todos los ámbitos en que le tocó moverse, Groussac dejó el sello de su paso y de su obra, a veces sobreponiéndose a la incomprensión, a veces dando rienda suelta a esa cólera que menciona el título, motivada por las trabas burocráticas o humanas que se interpusieron en su camino.

También por ello el libro premiado se considera un ensayo. Su autor ha indagado con imparcialidad, no exenta de simpatía, en el espíritu de ese francés malhumorado, a veces injusto y hasta hiriente, capaz de irritar a sus contemporáneos, espantar a los más jóvenes, juzgar sin concesiones, pero a menudo con generosidad. No hay capítulo que no contenga un panorama del momento en que Groussac actuó, quiénes lo ayudaron en sus proyectos y quiénes pusieron piedras en su camino.

De ello resultó una vida rica en iniciativas y señera por su vocación docente ante el país joven. A este no pudo llegar en mejor momento una figura como la de Groussac, por valiente, insobornable, justo y arbitrario, emprendedor siempre, consagrado a dar lo mejor de sí para el país adoptivo. Ello, aunque en el fondo de su alma jamás se borrara el sello de su cultura natal, como lo demostró al polemizar sobre el método histórico. Mucho debemos a Groussac, no bien reparamos en todo lo que hizo, sobreponiéndose a la falta de medios, al tiempo de que dispuso, y tal vez a su propio escepticismo.

Mucho debemos también al doctor Carlos Páez de la Torre por este libro que nos recuerda una época (quizá la mejor de nuestra historia), cuando los hombres como Groussac eran reconocidos por encima de las divergencias. El autor ha indagado exhaustivamente en ese período, en la figura elegida y en las otras, con sus acuerdos y sus oposiciones, sin embargo, hermanadas por la voluntad de construir una gran nación, como efectivamente lo fuimos.

La Academia Argentina de Letras, por mi intermedio, saluda al autor de este trabajo. Ocupará, en adelante, un lugar de privilegio junto a los premios otorgados hasta ahora. Nunca un libro resulta bueno si no se lo escribe con amor. En el presente ese amor por el personaje, su época, la patria toda, trasciende de inmediato. No leemos una biografía más; nos hallamos con el testimonio de una lucha y una enseñanza: la de los hombres que, como Groussac, trabajaron, compartieron y disintieron hasta el cansancio, pero no desertaron de la lucha, a pesar de las disidencias. ¡Qué hermosa lección para hoy, si sabemos escucharla!

Federico Peltzer

AGRADECIMIENTO

Señor Presidente de la Academia Argentina de Letras,
Señores académicos de número de las Letras,
Señor Presidente y señores colegas académicos de número de la Academia Nacional de la Historia,
Señoras y señores:

Agradezco profundamente a la Academia Argentina de Letras la alta distinción que ha querido conferirme en este acto, y que llega a lo más profundo de mi alma. Ningún premio podría tener mayor significación que este, otorgado por la Corporación de máximo prestigio en la vida literaria argentina. Su solo nombre evoca en mi espíritu, junto con los grandes nombres de los que aquí se sientan hoy, a varios ilustres fallecidos, a quienes me unieron con fuerza la admiración y la amistad. Hablo de Manuel Mujica Lainez, de Antonio Pagés Larraya y de Jorge Vocos Lescano. Y agradezco, al mismo tiempo, todo lo que acaba de decir sobre *La cólera de la inteligencia* el distinguido académico y amigo, doctor Federico Peltzer, tan sagaz lector como crítico generoso.

Además de expresar mi gratitud por este rato inolvidable, creo oportuno contar algo personal sobre el libro que se honra con este premio. Estudiar al hombre y a la obra me han ocupado durante décadas. Aunque entretanto escribí muchas otras cosas (en libro, en folleto, en artículos, en conferencias), nunca me saqué el tema de la cabeza. Empecé a admirar a Groussac cuando era estudiante secundario, de la mano de mi padre, en nuestra casa de Tucumán, con sus patios llenos de macetas. Papá siempre me preguntaba sobre la marcha de nuestras clases de historia argentina. Y recuerdo nítidamente que, el día en que le informé que estábamos en las invasiones inglesas, me llevó al escritorio, que era el escenario de las cosas graves.

Sacó de la biblioteca el *Liniers* de Groussac, y lo abrió en el Capítulo II, "La toma de Buenos Aires". Me hizo leer en voz alta las dos

primeras páginas, nada más. Narraban la noche del 24 de junio de 1806. El virrey Rafael de Sobremonte salía del Fuerte con su comitiva, todos alegres y satisfechos, luego de la comida en honor de su futuro yerno, el ayudante José Manuel de Marín. Iban al Teatro de la Ranchería, en las actuales Reconquista y Perón. Se representaba esa noche, por primera vez en América, *El sí de las niñas*, de Moratín.

La sala hervía de gente. La belleza de las porteñas resplandecía en los palcos, y se había dejado abierta una parte del techo para que escapara el humo de los cigarros de la mosquetería. La iluminación de velones de sebo había sido reforzada por la novedad de lámparas de aceite. Al fin, entró Sobremonte, la banda tocó un aire marcial, y empezó la función. De pronto, al iniciarse el segundo acto, irrumpió sin ceremonia un edecán con las botas embarradas. Enfiló hacia el Virrey y le entregó dos pliegos: decía allí que los ingleses acababan de desembarcar en Buenos Aires. Sobremonte se calzó los anteojos, leyó los papeles, se levantó de inmediato y salió del teatro, seguido por su familia y por los militares. Callaron los actores, la representación no pudo seguir, y se bajó el telón.

Cuento esta lejana anécdota personal de la década de 1950, porque en ese momento, las dos páginas del *Santiago de Liniers* de Groussac, me hicieron entrar, de un empujón, en el túnel del tiempo. De pronto, se me hicieron tan vívidos y amenos, como una novela, todos los preludios de ese episodio dramático de la historia argentina. Y se convirtió en algo imaginable todo lo que hasta entonces estaba reducido —para mi mente de niño— a dos páginas con el estilo lavado del profesor Astolfi.

No me di cuenta de que acababa de mordermme, para siempre, el fascinante veneno de la escritura del maestro Groussac. A los pocos años, ya más cultivado, me puse a buscarla, y mucho más cuando supe su vinculación con Tucumán, a cuya historia empezaba a dedicarme. Leí todos sus libros, hasta aprender varios párrafos de memoria; pasé a sus artículos, compilados en *La Biblioteca* y en los *Anales*; y, cuando me decidí a acometer la biografía, ingresé en lo que había publicado en los diarios, en su correspondencia, en lo que otros decían de Groussac: en fin, en todo ese material que empieza a expandirse hasta el infinito cuando el investigador le aplica la lupa.

Me deslumbró el estilo único de su prosa, que, si era castellana, tenía de la francesa el andar “nervioso y ondulante”. Sentí como irresistible ese manejo irónico y zumbón de las frases, que de pronto se abrían

para mostrar ternura y romántica nostalgia. Así pasaba en sus textos de historia, en sus inimitables crónicas de viajero, en los testimonios sobre la gente que había conocido, en sus artículos de crítica literaria y artística.

Y en la historia, admiré lo que creo que todos saben de Paul Groussac: su arte para historiar. Es decir, esa operación que (ceñida siempre al documento y a la mirada crítica sobre su contenido), se preocupa por entregarnos un texto que nos atraiga y que nos mueva a releerlo. Texto donde están utilizadas todas las fuentes que la ciencia manda, pero donde la historia se narra. Se narra de un modo que nos coloque en el centro de la acción, de los personajes y de la época. Y se narra con un estilo cargado de elegancia, de un buen gusto que sintetiza años de buenas lecturas, y que, junto a la (a veces demasiada) sal y pimienta de la ironía, o a los guiños eruditos, es capaz de envolvernos en la magia que solo irradia la prosa de un maestro.

Ese es el modo de escribir historia en el que creo. Y tengo que decir que, consecuentemente, en la mayoría de los textos que producen hoy los profesionales de la disciplina, si bien debo leerlos por obligación, extraño dolorosamente ese placer que me trae siempre el viejo Groussac.

Y así fue como entré también en la vida de Groussac, que no era menos apasionante que sus escritos. De sus tramos más sabrosos, él quiso hacernos confidencias, salpicadas a propósito de los más diversos temas. Vida aventurera (fue peón de campo en Areco y arriero de mulas en la frontera boliviana), vida poblada de misterios, de amores ardientes pero vedados, de lances caballerescos, de amistades eternas y de grandes odios.

La vida de un hombre valiente, acostumbrado a decir lo que pensaba y a contradecir a los más poderosos sin importarle las consecuencias. La vida de alguien que guardaba en lo profundo del alma ciertos secretos que atraviesan toda su obra, y cuya verdadera trama nunca sabremos. Por encima del eterno malhumor, del rezongo de este "Renán quejoso de su gloria a trasmano" (como dice Borges), están muchas de las páginas más bellas que se han escrito sobre este país y sobre nuestro Tucumán; muchas de las miradas más penetrantes lanzadas sobre el pasado nacional; muchos de los retratos más vibrantes y verídicos de los hombres que edificaron la Argentina moderna.

Nada le fue regalado. Todo, desde el manejo del idioma en adelante, le costó un esfuerzo sobrehumano de inteligencia y de voluntad.

Me pareció que, si su obra se había estudiado relativamente, no pasaba lo mismo con su vida. Traté de seguirlo entonces, desde que nació en Toulouse en 1848, hasta que murió, octogenario, en Buenos Aires, en 1929. Lo quise hacer de manera que se pudiera sentir la respiración del escritor. Y lo quise hacer como un libro de historia, sin una sola gota de ficción. Sin ponerme pomposo ni solemne, creo haber cumplido así, en la medida de mis posibilidades, con el homenaje que debíamos a un hombre como Paul Groussac.

Por supuesto, existieron otros motivos para zambullirme en el tema. No puedo negar la simpatía derivada del personaje. No puedo decir, como Flaubert, que “Madame Bovary soy yo”, porque este es un libro de historia y no una novela, y porque su protagonista no es invento sino hombre de carne y hueso. Pero puedo confesar que acaso me hubiera encantado ser yo mismo ese intelectual “autoritario, docto y mordaz”, como lo calificó Borges. Acaso me hubiera gustado tener un espíritu tan libre como para decir siempre lo que me diese la gana, y para aniquilar a algún mediocre encumbrado con una sola frase. Pero no salieron así las cosas, como a la vista está.

He pasado larguísimas horas escribiendo este libro. Lo hice con los talantes más diversos y en los momentos más distintos. En escritorios, en bibliotecas, en cafés y en restaurantes, después del postre. Escribí en la ciudad de Tucumán, en Tafí del Valle, en Córdoba, en Buenos Aires: a mano, con tintas diversas, en libros de comercio —como me enseñó Mujica Lainez— y sobre la página impar, de modo que la del frente me sirviera para la adenda, las correcciones y las notas.

Tiene, como todos los escritos, su trama secreta, sus incontables nudos y yapas en el reverso. Sólo para el autor, cada línea evoca algún estado de ánimo, algún hallazgo, algún contratiempo. He sido feliz cuando lo escribía, y hacerlo me ha sacado por ratos largos de la realidad, que no siempre es tan estimulante. Creo haber dicho alguna vez que la historia ha sido eso para mi vida: me ha salvado siempre de la desdicha. Eso hace que le guarde una deuda de gratitud que solo puedo pagar siguiendo en la brecha, en tanto pueda.

En cuanto al valor que pueda tener el libro, no es a mí a quien corresponde estimarlo. Lo único que puedo decir, es que puse allí todo el esfuerzo y toda la pasión, durante mucho tiempo; y que lo armé con honestidad. Destaqué lo admirable, por supuesto. Pero nunca me puse a

escamotear lo que no era tan admirable: los errores y desfallecimientos del hombre y del escritor.

La costumbre de estos actos prescribe que –a esta altura– el autor agradezca con cierto detalle. En las dos primeras páginas de *La cólera de la inteligencia*, he enumerado a todos los que merecen –de Tucumán, de Santiago del Estero, de Córdoba, de Buenos Aires o de Francia– presentes o ausentes, y de plenísimo derecho, ese agradecimiento. No repetiré sus nombres, que han de vivir para siempre en mi afecto. Como allí lo digo, ellos saben, cada uno, lo que me aportaron, material y espiritualmente, y yo lo sé también. Solo lamento una omisión, y quisiera corregirla aquí. No incluí, entre los fallecidos, a mi querido amigo Luis Federico Helguera, “el Gringo”, quien me favoreció no sólo con valioso material inédito, sino también con su pasión por la historia y con su cariñosa disposición. Vuelve en este momento a mi memoria, y reconozco conmovido todo lo que le debo.

Dediqué esas páginas a mi madre, quien murió el 9 de julio de este año, pero cuya enfermedad le impidió leerlas. Tampoco las pudo leer mi padre, quien se fue a los 99 años, el 3 de septiembre del año pasado, pocos días después de que este libro se presentase en Tucumán. Y también las dediqué a mi querido hermano Fernando, como un homenaje a su infinita cultura, a su enorme sensibilidad y a su vastísimo talento, truncados por la muerte. Lo llamo ahora desde el fondo del corazón.

Además, veo aquí muchas caras amigas. Están queridos amigos y amigas porteños, y también tucumanos, algunos de los cuales me han acompañado en la vida desde que tengo memoria, en Tucumán o en los felices veranos de Villa Nougés y de Tafi, o en esta ciudad de Buenos Aires donde nací por accidente y que quiero tanto. Sentirlos cerca y conmigo, a unos y a otros, y sentirme rodeado por los ilustres académicos de las Letras y de la Historia, llena de calidez mi alma y convierte en inolvidable, para ella, esta distinción que recibe *La cólera de la inteligencia. Un vida de Paul Groussac*. Les aseguro que, más allá de la medalla y del diploma, guardaré su recuerdo en esos lugares del corazón donde se conservan para siempre (preservadas de desilusiones y de remordimientos) las cosas buenas de la vida. Eso es todo. Realmente, gracias, muchas gracias.

Carlos Páez de la Torre (h.)

